

La ubérrima arboleda del Prado, dejaba pasar, a través de la pomposidad esmeralda de sus copas, los hilos del sol que, pronto a ocultarse tras la ingente mole de la Catedral, dibujaba en la arena rojiza de los paseos solitarios, el caprichoso cambiante de los mil arabescos de un zócalo omeya.

Tiene el viejo paseo provinciano, con sus ringleras de copudos árboles y sus macizos de raquíticas flores, a esta hora de la tarde, en que el ambiente es rojo, de un rojo ígneo, una como rancia tristeza conventual y mística, en medio de su soledad melancólica.

Acaso no hubiera encontrado Luis Barreda un sitio para vivir como este, que mejor cuadre a su temperamento delicado, sencillo, sobrio, con esa tristeza romántica del recuerdo...

Franqueamos la entrada; en el patio, un angelote de ojos grandes y rubias melenas corretea en torno de las columnas, con esa delicadeza femenil de movimientos que Gautier creía ver en las columnas del patio de los leones de la Alhambra, y de las que decía que parecíanle «niñas jugando al corro».

Una doncella nos sale al paso.

—¿D. Luis?—interrogamos.

—Pase, le espera.

En este momento aparece en la puerta del despacho el poeta montañés, enclavada su arrogante figura de diplomático, en el marco, cual un retrato de Van Dick. Nos tiende una mano amistosamente y nos conduce a un asiento; y mientras él entreabre las ventanas que dan al paseo, nosotros procuramos grabar en nuestra memoria la impresión de aquella estancia tan española, con sus cuatro lienzos de muro repletos de libros, en ese desorden tan simpático del que acostumbramos a manejarlos. Coronando las sencillas estanterías hay cuadros en los que el tiempo ha puesto su pátina indeleble.

—Ese es de mi bisabuelo materno —nos dice, dirigiéndose a uno que representa a un cortesano de Fernando VII, con sus largas patillas, embutido en su casacón. Aquél otro es de la bisabuela de mi mujer.—Y nos indica el retrato de una dama cortesana.

—¿Esas armas?... interrogamos.

—Tienen el doble interés de ser antiguos y trofeos de antepasados.

—A ver, D. Luis, cuénteme V. algo de su reciente elección para ocupar un puesto en la Academia Española.

—He de advertirle, que no he sido nombrado todavía. Solamente propuesto.

—Bien, pero las propuestas en la Academia van siempre seguidas del nombramiento. Además, cuando salgan estas impresiones a luz pública, ya estará usted oficialmente nombrado.

—Es posible, sí; pero hay que hacer constar que todavía no lo soy.

Hay una breve pausa.

—¿Su afición a la literatura?

—Desde muy joven; nací en Santander, como usted sabe, y allí hice el bachillerato; estudié los primeros cursos de Derecho en Madrid y me licencié en Salamanca; empecé a escribir a los 19 años; mejor dicho, empecé a publicar a esa edad, en varios periódicos del Norte; después, a los 20 publiqué en «Nuevo Mundo» una poesía titulada «El Pandero», que después ha sido traducida a algunos idiomas; en el mismo periódico, aparecieron unas poesías con el título de «Canción del Norte», que son de las más reproducidas.

—¿Su primer libro?

—«El cancionero montañés», en 1898 que fué muy bien acogido por la crítica; de él se ocuparon primeramente, Pereda y Navarro Ledesma. Después, publiqué «Cántabras» del que hizo un estudio muy detenido y encomiástico la célebre escritora italiana Yolanda, en el «Gran Mundo» de Roma. Mas tarde apareció el «Valle del Norte», en 1911, con un prólogo de Ricardo León, y fué acaso el libro del que mas se ocupó la Prensa tanto española como americana, en aquél año. Entre los

que lo elogiaron se encuentran Menéndez y Pelayo, el gran poeta Juan Menéndez Pidal, Octavio Picón, Palacio Valdés y el poeta catalán Juan Margall.

—«Roto casi el navío», apareció en 1915 obteniendo igual favor.

Al llegar a este punto le interrumpimos.

—¿Se influenció V. en esta obra del divino maestro de la lírica, Fray Luis de León? A mi juicio, tiene V. en ella un cierto sabor suave, místico, una calma espiritual, una ataraxia que no logro encontrar mas que en «Noche serena» y en alguna otra obra del gran místico.

—No; mire V.; yo no me dejo influenciar por nadie, por ningún poeta, yo estudio a todos, por lo que para mí tiene de encanto la poesía; a Fray Luis lo he leído mucho, y desde luego le puedo decir que es de los que mas siento; y digo de los que mas porque para mí no hay lírica como la de Jorge Manrique en los comienzos de la literatura y Becquer en el siglo pasado. También me deleita Gabriel y Galán.

